

—¡Somos perdidos! esclama el general francés, á quien el peligro que corría hace olvidar lo imprudente y desconsolador de esta exclamación, que no pudieron menos de percibir cuantos le rodeaban. En seguida se dirige hácia sus tropas; pero éstas lejos de ocupar el puesto que les estaba señalado, estaban en la mayor confusión y no en actitud de defenderse, sino de ponerse en huida. Manda entonces emprender la retirada, y para cubrirla se dirige intrépidamente á la retaguardia á contener el choque de los imperiales que atacaban con el mayor vigor, arrollando cuanto se les presentaba.

Entonces fué cuando el caballero Bayardo tomó la iniciativa que le correspondía y para la que estaba autorizado. Dió las órdenes que le parecieron mas convenientes para asegurar la retirada del ejército, y viendo á Bonnivet rodeado por todas partes de enemigos, quiso, antes de abandonar el campo, tentar el último esfuerzo y dirigiéndose á cuantos sus palabras y su ejemplo podían animar, les dijo:

—Si se ha cometido una falta, á nosotros conviene repararla: marchemos pronto al socorro de nuestros compañeros.

Dichas estas palabras, y rechazando á los que ya venían en persecución de los franceses, aquel puñado de valientes se abre paso hasta el sitio en que el almirante Bonnivet aun sostenía el combate. Al mismo puesto de honor, mas por diferentes caminos, llegaron el conde de Saint Paul y el capitán Vandenesse, y era á la verdad tiempo ya de llegar, porque á los franceses, acosados por todas partes, faltaba ya espíritu para defenderse: Bonnivet se hallaba herido de gravedad, y aun el capitán Vandenesse cayó muerto en el acto á la primera carga. Bonnivet desfallecido tiende la vista al rededor suyo en aquel supremo conflicto, mas cuando aparece delante de él la noble figura del caballero Pedro de Bayardo, su esperanza se reanima, y entregándole su bastón de mando, honor tardío del que poco tiempo había de disfrutar, le dice con extraordinaria angustia:

—¡Salvad, si podeis, el honor de la Francia,

III.

Tarde era ya, en aquel aprieto en que el ejército se encontraba, para que el caballero Bayardo desplegara sus conocimientos militares y salvase á las tropas de tal estrechura. No se le ocultó al experimentado capitán el grave riesgo que corrían; pero era preciso morir con honra ya que no fuese posible alcanzar la victoria, y así hizo frente al enemigo, dispuesto á no desmerecer en aquella jornada de sus gloriosos antecedentes. Con ánimo sereno dictaba sus disposiciones y animaba á todos con su ejemplo, cuando fué malamente herido de un arcabuzazo. Se sostuvo sin embargo en el caballo, cuyo movimiento no podía sufrir, hasta que debilitado por la sangre que le corría de la herida, hubieron de bajarle mal de su grado antes que desfalleciese. Esta fué como la señal de la derrota, y los franceses, llenos de consternación, retroceden, se amedrentan y huyen temerosos de los españoles que vienen despedazando á cuantos les hacen frente. Mas que su herida sentía el pundonoroso caballero el presenciar aquella cobardía de los suyos, por lo que no quiso moverse de allí, rehusó todo auxilio en la triste situación en que se encontraba, y queriendo siquiera dar el ejemplo de morir como valiente, mandó que

le recostasen contra un árbol con la cara vuelta hácia el enemigo.

Todos cuantos pasaban persiguiendo á los fugitivos respetaban y compadecían aquel grande infortunio: tan solo el condestable de Borbon, al reconocer á Bayardo, se acercó á él y le manifestó una compasión tan irónica, que el herido todavía halló fuerzas para replicarle con entereza:

—No es de mí, señor, sino de vos, de quien hay que tener lástima... Muero como hombre de bien; pero vos combatis contra vuestro honor, y siendo príncipe de la sangre de Francia, llevais vuestra espada teñida en sangre de los franceses.

No supo ó no quiso Borbon replicarle, y siguió el avance de los enemigos, que era lo que por el momento mas le importaba; mas sobreyniendo el general español, marqués de Pescara, y viendo la resistencia que oponía el herido á que le mudasen de sitio, mandó que levantasen una tienda encima de él, hasta que terminada la persecución de los fugitivos, el moribundo Bayardo fué trasladado á la tienda del virrey Lannoy, donde hizo una ingenua confesión de sus faltas y entregó su alma al Criador, abrazado y con los ojos fijos en la cruz de su espada, aquella espada hasta entonces siempre vencedora y la misma con que había conferido la orden de caballería al rey Francisco I en el campo de batalla de Marignan.

Bayardo, el caballero sin miedo y sin mancilla, había vivido siempre en los campos de batalla y en ellos debía morir; mas no se crea que la rudeza militar, la audacia y el valor estaban en él reñidos con las virtudes cristianas y con aquella caballerescas cortesía que le hizo grangearse el aprecio general. Esta célebre derrota hizo que los franceses abandonasen la Italia y fué el origen de la preponderancia absoluta del emperador; pero aunque los franceses hubiesen ganado la batalla, bien podían considerarla como perdida, siendo á costa de tan cumplido caballero.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

BOURGUIGNON EN EGIPTO.

I.

UNA COLACION EN BOULAC.

Una semana despues de la batalla de las Pirámides, el general Bonaparte acababa de hacer su visita á la célebre mezquita de Amrou, edificada en el Cairo por Amrou, el conquistador del Egipto, y el lugarteniente de Omar.

Aquella mezquita es una de las mas curiosas de la ciudad: se la visita sobre todo para admirar la columna de Omar, que es, por decirlo así, la llave de la bóveda del edificio.

Hay una leyenda fijada en la columna, y los musulmanes miran siempre con respeto la línea negruzca que surca su mármol como una cicatriz, y una fuerte presión á lo alto de la espalda. Para los no creyentes la leyenda turca es un cuento divertido, como el de una de las Mil y una noches. Juzguen de él nuestros lectores.

AÑO XVII. 23.

«Amrou, deseoso de tener una columna muy sólida, como la que sostenía el templo de Dagon, envió embajadores á Omar con mision de suplicar al santo califa que se sirviese enviarle una columna de la Meca elegida por él, y de superior calidad. Omar tenía precisamente á la mano en aquel momento una columna del mas duro granito, y deseoso de servir y honrar á su lugarteniente Amrou, usó de su poder discrecional, y ordenó con voz firme á la columna trasportarse ella misma al Cairo, en lo que había economía de gastos y de portes.

«¡Cosa maravillosa! la columna no se movió, y se hizo la sorda, como el ídolo de Egipto de que habla el salmo *In exitu*.

«Justamente irritado Omar de aquella desobediencia, se dignó repetir la orden; pero terca y obstinada la columna no se movió, como la vez primera.

«Aquel crimen de reincidencia puso el colmo á la desesperacion de Omar. Cogió un *courbach*, largo látigo de cuero, y dió un latigazo á la columna con la fuerza de un turco.

«¿Creeráse que este castigo tan merecido no obró la menor mudanza en la terca y obstinada columna? Guardó su insolente inmovilidad cual si el sople del céfiro hubiese pasado sobre su granito.

«Omar se dignó entonces descender á las estremidades de una lucha personal, y dió á la criminal un vigoroso puñetazo. Hirióse gravemente la mano, y la columna sin moverse de su atentado no pensó siquiera ni en huir. Tenía trazas de aguardar un segundo puñetazo con mayor sangre fría. Verdaderamente que hay columnas locas que parecen haber perdido el capitel: el orgullo hace perder la cabeza á los hombres tambien, con que así seamos mas indulgentes.

«Sin duda esta reflexion inspiró mejor al sabio califa Omar, y en el momento en que se iba á permitir dar un buen puntapié á la columna:—No saldré mejor, se dijo á sí mismo; empleemos otro medio. Y tomando una voz solemne pronunció estas palabras:

«En el nombre de Dios te mando que marches al Cairo y que prestes tu apoyo á la mezquita de Amrou.

«A aquellas palabras la columna partió como una flecha, atravesó el desierto, y fué á plantarse ella misma en el término designado. La vena negruzca, y la presión del mármol, atestiguan la verdad de esta leyenda á los piadosos musulmanes.»

Cuando el joven Bonaparte y su estado mayor salieron de la mezquita de Amrou, grupos de soldados y de sargentos del ejército francés entraban curiosos para admirar el bosque de columnas sembradas con una prodigalidad oriental al rededor de la esclava de Omar. Una orden del día severa, recomendaba á los republicanos de Arcole y de Lodi el respeto con las mezquitas, las leyendas y los imanes; pero los soldados aventuraban chanzonetas y chistes contra la religion de Mahoma, y los creyentes se sofocaban á la sordina de las risas sacrílegas debajo de las venerables bóvedas de la mezquita de Amrou.

Un húsar joven, apellidado Bourguignon, un discípulo de Berchigny, ese regimiento chancero por excelencia, se abrigaba á cada paso detrás de una columna para lanzar una pulla, ó un equívoco contra lo que veía en la mezquita de Amrou; empero las chanzonetas del joven húsar

fueron mas vivas cuando oyó contar la leyenda de la columna por un árabe de edad madura que parecía ser el esclavo de un grave musulman con barba cenicienta y ojo vivo y penetrante. Nuestro oficioso *cicerone* se espesaba tan bien en francés que respondía con una dignidad tranquila á las preguntas, muchas veces impertinentes, dirigidas por los soldados, á pesar de la orden del día.

A cada chanza, á cada broma de Bourguignon, el turco, único oyente indígena, acariciaba su barba y lanzaba al techo extrañas miradas que el húsar cogía al vuelo, y de que no podía adivinar la misteriosa espresion, lo que escitaba su curiosidad al mas alto punto.

—¿Este buen turco es tu amo? dijo Bourguignon al cicerone.

—Sí, señor, respondió el árabe.

—¿Comprende el francés?

—No, señor, pero habla bastante bien la lengua franca.

La lengua franca es una lengua que se ha formado ella sola, y que se comprende y habla en todos los puertos de mar del mundo. Así en Málaga, Cádiz, Barcelona, Marsella, Nápoles, Palermo, Pondicheri, el extranjero tiene grandes probabilidades de ser comprendido cuando pregunta en el puerto en lengua franca noticias al primero que encuentra.

Había oído el turco el corto diálogo de Bourguignon y de su esclavo, y dió una graciosa sonrisa al joven húsar diciéndole:

Bono Franco; ti estrauir bono: ti chaplar mamelouchi: ti soldirdi Bonabardi: bono.

—¡Llévete los ingleses! dijo Bourguignon. Me parece que comprendo el turco y jamás lo he aprendido.

—Mi amo Faz-Edim habla la lengua franca, dijo el esclavo.

—¡Ah! ¿con que esa es la lengua franca? ¡No te cayera una joroba como la que tiene un dromedario! Pues bien, yo no la he aprendido, como tampoco el turco. Es Mahomet mi maestro de ella: él me ha enseñado una lengua antes de darme la primera lección ni enseñarme el alfabeto. Eso es mas grande que el milagro de la columna de Amrou.

—*Ti sabir, bono*, dijo el turco; *ti tomar café, ti fumar chibouca: á casa seguir: bono.*

—*Bono, bono; tomar café, fumar chibouca*, respondió Bourguignon. Pero no es nada comprender el turco como yo lo hablo: tenemos en nuestros bagages burros sábios que estudian el turco desde que salieron de Tolon, que han olvidado el francés en el camino, y que no han aprendido el turco.

Tomó el turco la delantera, y repitió la invitacion de *casa seguir* con un gesto desairado, pero lleno de cortesía.

Bourguignon siguió á sus dos guías y entró con ellos en Khan-Khall, ese vasto é inmenso bazar del Cairo en donde el comprador encuentra donde satisfacer todos sus caprichos si tiene dinero.

Al pasar por debajo de la gran puerta ojival, un vendedor ambulante ofreció soberbias pipas adornadas de ámbar amarillo al joven húsar que se encogió de hombros y dijo:

—No llevo mas que una pieza de doce sueldos, y no quiero cambiar.

Aquella chanza del soldado arruinado hizo sonreír a turco cual si le hubiese comprendido.

El buen hombre se detuvo; preguntó el precio de la pipa, la compró sin regatear, y la ofreció generosamente al húsar.

Bourguignon colocó la mano sobre el corazón, pantomima de todos los países, y dijo en lengua franca:

—*Bono, turco, bono.*

Pasaron delante de la mezquita del sultan Bibars, señalada desde lejos por un soberbio minarete, y el esclavo dijo:

—Ved la casa de mi amo Faz-Edim.

Aquella casa tenía el exterior de una apariencia bastante mezquina, con sus paredes de yeso y ladrillo, y sus dos rejas salientes con ventanas sin vidrios llamados *mou-charabieh*.

Faz-Edim entró el primero según el uso de la política oriental, mas política que la nuestra, é introdujo al húsar de Berchigny en una salita del entresuelo bastante desamueblada, pero no desprovista del indispensable *divan*.

Cargó el esclavo dos pipas; puso una pastilla del serallo en una cazoleta, y una ascua sobre las dos nueces: después aguardó las órdenes de su amo, que le hizo señal de quedarse, y él se sumergió en la silenciosa beatitud del Kief.

—Vaya un modo extraño y particular de recibir las gentes, pensaba entre sí Bourguignon. Me ha introducido en un salón; me ha hecho dar una pipa, y parece que va á dormirse fumando la suya.

Interpelado el esclavo para dar una explicación sobre esta escena hospitalaria, respondió esto á Bourguignon:

—Mi amo hace á un extranjero el honor mas grande posible. Sin conocerlo lo entra en su casa y le ofrece una pipa de hospitalidad sobre el *divan* doméstico.

Cualquiera otro detalle de recepción disminuiría la grandeza de esta política oriental: decir una palabra sola perjudicaría á la maravillosa sencillez de esta escena. Así lo hacían los primeros árabes bajo sus tiendas en el desierto.

—En hora buena, dijo Bourguignon; no me incomoda, por otra parte, esta recepción muda: ya estaba harto de la lengua franca y del *bono*; fumando hablamos la misma lengua, nos comprendemos.

Hizo el esclavo un gesto afirmativo, y miró á Faz-Edim para aguardar una nueva orden y obedecerla con la prontitud del relámpago.

Aquel esclavo era un misterio para el joven húsar: se espresaba en francés con una gran facilidad, y manejaba las frases como si hubiera sido criado de un académico de la lengua.

El esclavo mismo se tomó el cuidado de explicarlo en pocas palabras.

—A la edad de nueve años, dijo, fui cogido por un corsario de Marsella. He pasado quince años en Francia; después he sido rescatado por un corsario de Alejandría y comprado por Faz-Edim.

Esta explicación satisfizo completamente al francés. Las exigencias del servicio arrancaron á Bourguignon á las dulzuras de aquella hospitalidad. Levantóse, pues, en cuanto hubo fumado la pipa, y se despidió de Faz-Edim.

Pareció salir de su éxtasis opiáceo el turco y le dijo:

—*Ti venir, Boulac: beber fresco.*

Hizo un esfuerzo el húsar para comprender y se volvió hácia el esclavo intérprete, que parafraseó así el texto original:

—Os convida mi amo á una colación en su jardín de Boulac, en donde se bebe fresco.

—¿Y para que día? preguntó Bourguignon.

—Para todos los días, dijo el esclavo. En Oriente está uno convidado para toda su vida cuando se le convida una vez.

—Pero yo no conozco ni el jardín, ni Boulac. ¿Dónde están? replicó el húsar.

—*Boulac* es la puerta del Cairo sobre el Nilo, dijo el esclavo. Entrad en Boulac por la parte de Siech-el-Hadid: encontrareis después el minarete, y un antiguo sicomoro que se estiende sobre una aldea, señala la entrada del jardín de de mi honorable amo: no tiene pierde.

En aquel momento un concierto de bandolina se dejó oír á través del tabique, y una voz dulce y melancólica entonó una cantinela bastante semejante á una canción francesa en su primitiva monotonía.

Este incidente determinó á Bourguignon á aceptar el convite de Boulac. Se hizo dar las señas mas precisas y terminantes sobre el camino que debía seguir, y se apresuró á volver al cuartel para asistir á la revista que debía pasar el general Bonaparte sobre la plaza de *El-Esbekich*.

La casita de recreo de Faz-Edim se hallaba situada no lejos del sitio donde se ha edificado el palacio de Boulac en el año de 1823. Nada anunciaba la opulencia en aquella villa del Nilo; pero hallábase uno bien allí en las ardientes horas del día y en la velada de la noche. Vefase desarrollarse el desierto á la otra parte del Nilo con sus eternos adornos, las pirámides. El conjunto del cuadro es bastante triste al primer golpe de vista; empero la inmensidad de aquel desierto está poblada de tantos recuerdos, que insensiblemente desaparece la tristeza bajo una luminosa aureola é inmensa como el horizonte. Conócese que es precisa aquella extensión sin límites, aquel cuadro sin fin para contener aquel maravilloso pasado.

Después de la revista, el húsar Bourguignon se acercó respetuosamente al general Bonaparte, colocó la mano derecha de revés delante de su kepis, y dijo:

—Mi general, os pido permiso para ir á pasearme hasta Boulac.

—Marcha, le dijo Bonaparte con tono amistoso y en voz baja, marcha y sé prudente: el soldado aislado se halla en peligro.

Encogióse de hombros ligeramente Bourguignon y se puso en camino para Boulac, pavoneándose con la gracia de un húsar de teatro.

Era un joven encantador, de veinte y cuatro años de edad, del mas distinguido y agraciado rostro. Sentábase á las mil maravillas el uniforme y daba el tono en el regimiento, donde no tenía mas que amigos. Su divisa era: *no sé mas que obedecer*, y fiel á su divisa, rehusaba después de haberse distinguido en cada acción el menor ascenso en el ejército, cosa notable en una época en que tres batallas bastaban para elevar al soldado al grado de coronel.

Gracias á seguras indicaciones, atravesando las curiosas aldeas árabes, tan bien dibujadas por Bar, encontró sin trabajo el húsar la casa de Faz-Edim, donde fué recibido con una hospitalidad verdaderamente patriarcal. La colación se componía de un succulento *pilau*, de un asado de carnero, de dátiles, de lonjas de *pasteques* y de agua fresca, pero bien filtrada. No parecía muy agradable esta bebida á

nuestro joven húsar, empero era preciso respetar la ley de Mahoma en la mesa de un turco.

Sirvió el esclavo á los dos convidados, y traducía á su amo las chanzonetas y ocurrencias del húsar, y el buen



Gran calle del Cairo. Vista de la mezquita del sultan Bibars.

tureo reia frecuentemente aun antes de la traduccion. Parecia reir con confianza, porque un francés es siempre bromista y chancero para todas las demas naciones.

Se sirvió el café en un kiosco á las orillas del Nilo. La noche empezaba á caer, y las primeras estrellas se dibujaban en el firmamento rodeadas de una ardiente niebla.



Vista exterior de las ruinas de la mezquita de Amrou.



Palacio de Boulaq.

Distinguíanse muy poco los objetos de alrededor, y el esclavo parecía aguardar la orden para iluminar el kiosko, bajando la lámpara del techo.

Sobrevino un gran silencio: no se oyó de pronto mas que el murmullo del Nilo, y el monótono canto del grillo.

El húsar se acordó de la última frase del general Bonaparte, y se dijo á sí mismo:

—Sin duda he caído en alguna asechanza egipcia.

Sin embargo, aparentó valor y serenidad, y se levantó con indiferencia para ir á coger su sable, que habia colocado con aturdimiento en el vestíbulo de la casa.

En aquel mismo instante se abrió la puerta del kiosko, y una muger turca, medio cubierta con un velo, entró en el kiosko, hizo un ligero movimiento con la cabeza y se sentó.

—Esta es la vanguardia del serrallo, dijo el húsar en alta voz, y con el aplomo de un hombre que habla delante de estrangeros, como quien dice, de sordos.

Dos furibundas carcajadas hicieron estremecer el kiosko, y parecían no cesar: quedó nuestro húsar suspenso y confuso algunos momentos; pero como nada se pega tanto como la alegría formó parte de aquel trio, y sin saber por qué se reía á mas no poder en medio de aquella asechanza egipcia.

—Bono, franco, bono, dijo el turco á las últimas medidas del trio.

—Vamos, ya vuelve á empezar otra vez con sus bono, dijo el húsar; pero ¿si no comprendéis lo que digo, por qué os reis?

—Mi amo Faz-Edim y su hija Fátima, se han reido de vuestra sorpresa cuando habeis visto entrar una muger, pero no han comprendido lo de la vanguardia del serrallo.

—Bono, bono, añadió el turco, como el obligado y preciso estribillo.

Despues haciendo una señal al esclavo, le dijo:

—*Orienma, Kous-Machoul, nien bousaby.*

—Eso no es lengua franca, dijo el húsar, es purísimo turco.

Inclinóse el esclavo saludando al turco, y hablando así:

—Mi honorable amo pregunta al valeroso estrangero si hay algo de nuevo en Francia y en París.

—¿Me toma á mí por un periódico tu amo? dijo el húsar.

—Obedezco á una orden, replicó el esclavo.

—Pues bien: dile que el último verdugo ha sido guillotinado, Dios ha concluido por tener razón.

La jóven lanzó un grito de alegría, y se levantó cogiendo la mano del húsar, y estrechándola exclamó en buen francés:

—Bendito sea Dios.

Por el pronto, el húsar, que jamás habia retrocedido delante de una batería haciendo fuego, dió un salto sobre su almohadon y se quedó con la boca abierta. El esclavo tambien se sentó delante del velador y se echó café.

—¡Pardiez! dijo el húsar levantándose, vaya una broma divertida!... ¡Qué desgracia la mia de no poder permanecer mas largo tiempo con vosotros! ¡son tan cortos los dias en vuestro pais! Ya oigo tocar la retreta, y es preciso volver al cuartel.

—Pero nos volveremos á ver muy pronto para hablar de la Francia, dijo Fátima con una de esas voces parisienses mas dulces que los trinos de un ruiseñor.

—Ya lo creo que nos volveremos á ver; tengo permiso para pasear todas las veces que quiera. Me protege el general: mañana seré todo vuestro, mis queridos compatriotas. Pero ¿no oís á lo lejos nuestras trompetas?... Es la charanga de *Berchigny*. ¿Qué diría Faraon si la oyese?

El fingido turco cogió la mano del húsar y le dijo sonriendo:

—Perdonadme, camarada, no me parece que os llamais Bourguignon á secas.

—Otra vez hablaremos de eso, interrumpió vivamente el húsar, é hizo un movimiento hácia el lado de la puerta del kiosko, pero se detuvo.

El fingido esclavo, porque todo era fingido en aquella casa, acababa de iluminar el kiosko.

La jóven se habia quitado su velo y habia dejado ver un rostro encantador, con unos ojos de una celestial expresion.

La charanga de *Berchigny* resonaba en el desierto, y parecia alegrar los ecos de la cadena líbica. Una dilacion mayor era militarmente imposible; el húsar estrechó la mano de su huésped, se inclinó respetuosamente saludando á la jóven, y despues de haber dicho hasta la vista, se lanzó sobre el camino del Cairo con la agilidad de un ciervo sediento que corre al abrevadero del desierto.

(Se continuará).

EL DUENDE CRITICO DE MADRID.

(Conclusion).

VII.

Se llamaba este portugués don Alejandro: hijo de nobles y ricos padres se habia criado en la opulencia y muy á sus anchas, y muy luego dió escándalos con sus travesuras. Para atarle corto le envió su familia diversas veces al Brasil en la real flota: al retorno de uno de los viages se extravió de ella el buque donde venia el jóven travieso y buscavidos, y le atacaron siete barcas de moros. Cuantos venian á bordo se amilanaron menos don Alejandro, que, asiéndolo un sable y gritando animoso lanzóse contra los enemigos de modo que se enardecieron con el ejemplo los desalentados poco antes, y sustentaron la lucha hasta verse libres á favor de la noche. De vuelta en Lisboa y con el crédito de la hazaña, se emancipó de su familia, y campeando ya por sus respetos, poco tardó en hacer de las suyas. A un mismo tiempo galanteaba á dos mugeres, una camarista de la reina, y otra hija de un sastre. De esta alcanzó los últimos favores, y quedando en cinta, se echó su padre á los pies del monarca en solicitud de la reparacion de su honra. Aunque don Alejandro se atuvo á la negativa mas rotunda, le metieron en un calabozo, y al ver que se formalizaba el proceso, por recuperar la libertad se avino á ser esposo de la hija del sastre con intencion inícuca, pues la asesinó de allí á poco, y fugóse en union de la camarista doña Leonor á España. Fray Manuel de San José le habia conocido en Madrid, sin recursos, porque se le confiscaron los bienes, y á menudo le socorrió en sus necesidades. Solo con tal objeto frecuentaba mucho su casa, y esto dió margen á que prendieran á don Alejandro al propio tiempo que al religioso, bien que le soltaron á los cuatro meses de encierro por no hallarle culpa.

No era de presumir que el fugitivo llamase en vano á las puertas de aquel de quien habia hartado el hambre.

Con alma y vida se le ofreció don Alejandro, y tras de contarse recíprocamente sus desgracias, con la brevedad que requería lo apretado del lance, se convino en que el religioso pasara el día fuera de las puertas de San Blas junto al Retiro, ocultándose cuanto pudiera por las huertas hasta la noche, y en que allí le iría á buscar don Alejandro para esconderle en lugar seguro. Al despedirse le encargó fray Manuel que hiciera llegar aquella mañana á manos de determinados individuos no menos de quince copias de un manifiesto sobre su conducta en forma de carta al general de Carmelitas descalzos. Sustancialmente se reducía á demostrar lo muy lícito de su fuga, pues ni se le probaba ningun delito, ni se le declaraba inocente, y ni su prelado le podía castigar como juez ni perdonar como padre, de resultas del sesgo dado á la causa; todo lo cual le había determinado á ponerse en salvo, dirigiéndose á un convento de su órden religiosa, donde no le pudiesen alcanzar las persecuciones, pues su término deseado no se alcanzaba de otra manera. Por último, bajo la fé de sacerdote juraba que nadie le había auxiliado directa ni indirectamente para salir de su encierro.—«Todo ha corrido á cargo de Dios, escribía con testuales palabras, usando en ello de tan especiales providencias que no ha intervenido en esta accion ni infracción de puertas, ni falseo de llaves, ni agujeros de paredes, ni descuido en dejarme de cerrar, pues salí en aquella hora que entre todas las del día se estrechaba y ceñía con mas aprieto mi clausura.»

Apenas salido fray Manuel de casa de don Alejandro, presentóse allí el juez Quincoces, después de acudir sin fruto al convento de Agonizantes de la calle de Atocha. Nada le reveló el sereno continente de don Alejandro y su dama: no había perspicacia capaz de sospechar que allí existiese rastro del fugitivo, y vanamente se escudriñaron los rincones de la casa. Desazonado se hubo de retirar el gobernador de la sala de Alcaldes, y don Alejandro quedó en franquía para distribuir los manifiestos y buscar albergue, donde fray Manuel de San José pudiera estar sin sobresalto, interesándose tanto el gobierno en la captura, que aquella propia mañana se ofrecieron en pregon público no menos de tres mil doblones al que descubriera su paradero.

VIII.

Ocioso es ponderar las ansiedades con que aguardó el religioso que sucedieran á la luz del día las sombras de la noche. Entre los cardos y matorrales de una huerta y confundido entre mendigos haraposos estuvo horas y horas, hasta que después de anochecido se le acercó don Alejandro, anunciándole que dentro de poco se le presentaría un sastre, llamado Sebastian y muy seguro en el secreto, que le proporcionaría refugio. Con efecto viole llegar en breve, y le siguió á casa de una señora viuda, muy devota y abstraída del mundo, por lo cual nada sabia del suceso del Duende, que alborotaba toda la corte. Valido el Sebastian de haberla hecho algunos servicios, determinó á pedirle que se dignase acoger á un hermano suyo, que había cometido cierto desórden en un pueblo, é iba por la absolución á Roma; y la devota viuda consintió en hacer esta obra de caridad cristiana, ofreciéndole una

pieza independiente y sin noticia de sus criados. Ya en seguridad por de pronto fray Manuel de San José necesitaba dinero, y para adquirirlo sin demora escribió á un mercader acomodado, con quien estaba en íntimas relaciones. Sebastian le llevó la carta fingiendo ir en busca de seda de color extraño á su tienda, y logró dársela sin que lo vieran sus dependientes. Luego de leerla el mercader á hurtadillas dijo al sastre que volviese á las tres y le tendría buscada la seda. Puntual estuvo Sebastian á la hora indicada, y el mercader libre de la presencia de sus mancebos le entregó una suma considerable de oro, dándole además noticias de grande interés para el fraile. Segun ellas su vida se encontraba muy en peligro: nadie salía de puertas sin que se le observara con rigor sumo: de noche andaban muchas patrullas por el campo: todas las posadas de los pueblos circunvecinos, y especialmente las de la carrera de Portugal tenían aviso para prenderle; y se había mandado reforzar el cordon de tropa que guarnecía la frontera. Estas noticias indujeron al carmelita á acelerar mas y mas su marcha. Un mozo le buscó el sastre Sebastian para que entre la suela del zapato llevara una carta á Portugal dirigida al ministro de Estado, teniendo la precaucion de darle otra pública é indiferente, de letra agena y con sobrescrito arbitrario, por si se ofrecia enseñarla. Seguidamente se proveyó fray Manuel de ropa blanca y de vestido con que disfrazarse del todo; y ya próximo á la partida, se brindó á acompañarle y correr su suerte don Alejandro, y no quiso rechazar la gallarda oferta.

Aun no hacia una semana que fray Manuel se había escapado del convento de San Hermenegildo, cuando entre una y dos de la tarde, y tras de galardonar generosamente al sastre Sebastian por sus buenos servicios, bajaba la cuesta de las Vistillas, y pasaba sin tropiezo alguno por medio de los guardas de la puerta de Segovia, y se dirigía á la ermita de San Isidro del Campo, á donde habian de concurrir separadamente don Alejandro y un mozo con dos caballerías antes de mucho. Allí le asaltaron nuevas angustias, pues corrian las horas sin que asomaran el uno ni el otro. Cansado ya de tan mortal espera, resolviese á bajar por la derecha del Manzanares hácia el puente de Toledo, con ánimo de explorar mas de cerca el camino por donde habian de llegar don Alejandro y el mozo de mulas. Se echaba encima la noche, y temeroso el fraile de permanecer á las inmediaciones de la villa, por donde, segun el aviso del mercader, se redoblaban las patrullas, le ocurrió el ajustarse con un tratinero de Getafe, para que le condujera al lugar en una de las caballerías de su recua, dándose por mayordomo de una señora, á quien habia burlado cierto pariente, y suponiendo que iba á las barcas de la Acequia, por si lograba atajarle el paso. Durante la corta travesía indujo al arriero á que le brindara con su casa á consecuencia de quejarse de la incomodidad de los mesones, y como haciéndose rogar algun tanto, admitió lo que deseaba y le convenia á todas luces. A la siguiente madrugada hizo que le llevara el arriero al próximo convento de Cubas, socolor de que habia de facilitar mucho su comision un religioso capuchino; y de aquel santuario le despidió con muy buena paga, no sin encargarle el mayor secreto, para que la persona á quien seguia la pista no adquiriera informes que le excitaran á variar de camino.

Por el padre guardian preguntó el fugitivo religioso en

la portería, y guiado á su celda revelóle sin testigos su calidad y situación punto por punto, y le pidió amparo por unos días para hacer una confesión general como buen cristiano, ya que hasta pisar el territorio de Portugal iba á llevar en continuo riesgo su vida. No pareciéndose al prior de San Juan de Dios de Madrid el guardian de capuchinos de Cubas, se interesó por el carmelita descalzo, y le prometió solícita ayuda, y con el fin de dársela mas eficazmente, impuso en el secreto á un religioso de muchas campanillas y de gran crédito por todo el contorno llamado fray Ambrosio de Salamanca, quien manifestó á los de su comunidad que el huésped era un colegial mayor, muy amigo suyo, con lo que pudo comer en el refectorio sin recatarse de ningún capuchino.

IX.

Aunque todavía faltaba á fray Manuel de San José andar mucho para verse libre del todo, se consideraba allí seguro, no creyendo haber dejado huella que señalara su escondite. Pero con sobresalto de los que estaban en el misterio, á los dos días se presentó en el convento de Cubas el alcalde de Getafe, noticioso de que un vecino de su lugar había llevado allí á cierto pasajero desde la Corte y tras de albergarle una noche en su casa. A la grande autoridad de fray Ambrosio fué dado salir del aprieto, manifestando con gran frescura que el individuo á quien hacia referencia no era otro que don José Estrada, colegial mayor y amigo suyo, que le había querido sorprender con una visita.—«Si vd. quiere verle, añadió el grave religioso, véngase á mi celda.»—No dudando el alcalde un solo momento de su palabra, se fué muy satisfecho de haber cumplido las órdenes del cardenal de Molina referentes á la prision del fugitivo Duende, y de no padecer engaño.

Aprestándose estaba el carmelita para irse á la mañana siguiente á Toledo con aprobacion del guardian y de fray Ambrosio, por evitar otro peligro como el que acababa de correr en aquel instante, cuando llamó á la portería un personage misterioso, mostrando necesidad suma de revelar cosas importantes al superior del convento. Otra vez asustados, acordaron que mientras el guardian recibia al desconocido, se bajaran á la huerta el carmelita y fray Ambrosio, y que éste protegiera la fuga de aquel en el caso de que apurara el lance. Con impaciencia congojosa aguardaron allí largo rato, mientras el desconocido preguntaba al guardian en tono de suma reserva por el religioso que tenia oculto, y dándole señas capaces de infundir la mas absoluta confianza, si bien se recataba el capuchino sesudo, aun cuando no sabia que hacer ó decir para quitársele de encima. Cansados los otros de esperar en la huerta, se aventuraron á salir de incertidumbres, y dirigiéndose al aposento donde estaban el guardian y el desconocido, se entró fray Ambrosio con una luz en la mano, y detrás y con mucha cautela el carmelita, por si reconocia al personage misterioso. Súbitamente se trocó el sobresalto en regocijo, pues fray Manuel se arrojó alborazado á los brazos del que había movido tal susto, que no era otro que don Alejandro. Por un accidente sobrevenido en casa del alquilador de las caballerías, no pudo acudir puntualmente á San Isidro del Campo, ni avisar á fray Manuel hasta de noche, y no encontrándole por ningún lado, se tornó

triste y sin saber qué partido abrazar sin tardanza, hasta que hizo memoria de haberle oido anunciar como posible su detencion en el convento de Cubas, donde le hallaba al fin por merced del cielo.

X.

Por fin el asendereado Duende tenia ya quien compartiera sus trabajos. A la mañana siguiente despidióse muy agradecido del guardian y de fray Ambrosio de Salamanca, y en compañía de don Alejandro fuere á Toledo, y sin detenerse allí mas que lo preciso para alquilar un mozo y dos mulas, se encaminaron al monasterio de geronimianos de Guadalupe, adonde llegaron libres de todo contratiempo, bien que sin entrar casi nunca en poblado.

Aun se les ofrecia el tropiezo de ir á Portugal con caballerías de Castilla sin dejar fianza, y llenar otras formalidades. Como hombre de agudo ingenio el carmelita descalzo trabó y estrechó relaciones con el sacristán de aquel santuario famoso, fingiéndose un caballero de Guadalajara, que iba á Portugal con asuntos de aquella real fábrica de paños; y de esta suerte se dió maña para sacarle una carta de recomendacion dirigida á un pudiente de Zafra. Además echó mano á un pliego de papel sellado, que habia entre otros sobre la mesa de escritorio del buen monge, y extendió un testimonio que parecia en toda regla para figurar la comision que suponía de la real fábrica de Guadalajara. Todo esto valia á los fugitivos para ir á Zafra bastante seguros, y salir de allí sin mas fianza que la de dejar el mozo de Toledo.

Solamente les faltaba ya una jornada, si bien muy peligrósa, á causa del mayor resguardo de la frontera. Varias veces divisaron las patrullas castellanas; pero evitaron el encuentro por veredas tortuosas: tambien dieron con un espía, mas burlaron su astucia; y por último, dejando la poblacion de Valverde á un lado, y vadeando un rio, al cabo llegaron al término de sus ansias. Pocos pasos habian andado, cuando vieron una patrulla portuguesa, y por lo que les dijo el gefe se convencieron de que el mozo despachado desde Madrid habia evacuado su comision con tanta honradez como fortuna. Seguidamente marcharon á Olivenza, cuyo gobernador era primo hermano del carmelita, quien se halló allí con carta del ministro de Estado; para que en derecho partiese á Lisboa. Tan luego como llegó á esta capital vió al soberano, quien le pintó la necesidad de sufrir por entonces los caprichos de la reina doña Isabel Farnesio, y de que por consiguiente se fuera á vivir como eclesiástico secular á Italia. Se mostró pronto á la obediencia fray Manuel de San José no sin lograr al mismo tiempo el indulto de don Alejandro y desembargo de su hacienda; de modo que pudo vivir en Portugal de allí adelante, aunque no en la Corte, juntamente con la antigua camarista doña Leonor que por último fué su esposa.

Hasta la muerte de Felipe V, acaecida nueve años mas tarde, vivió fray Manuel de San José como eclesiástico secular en Italia. Al cabo tornó á vestir el hábito en Florencia de vuelta á España, y despues de permanecer algun tiempo en el convento de Vitoria, ya muy anciano vino á fallecer en el de San Hermenegildo de esta Corte, de donde se habia escapado, justificando como se ha visto la calificación de *Duende*.

ANTONIO FERRER DEL RIO.